

***Simplemente amigos*. Breve recorrido por las tradiciones, alcances e instrumentación de un concepto sugerente para el análisis de las relaciones sociales¹**

Sandra Fernández
Universidad Nacional de Rosario
FHUMYAR- ISHIR
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CONICET

*"Aborrecible es por cierto la casta de aquellos hombres que echan en rostro sus servicios, de los cuales se debe acordar quien los recibe, y no traerlos a la memoria el que los hace. Por lo cual, así como en la amistad se deben abatir en cierto modo los superiores, así también se han de levantar los inferiores."*²

*"No es verdadero amigo ni el que busca en todo la utilidad, ni el que no la une nunca a la amistad. Pues el uno se convierte en mercader de favores con la idea del trueque, ya el otro corta de raíz toda buena esperanza para el futuro"*³

Resumen

La amistad en el lenguaje común nos convoca como un manto protector. La forma de considerarla varía mucho, porque la definición del término es plástica e histórica, adaptable a los cánones sensibles de nuestra vida cotidiana. Es paradójico observar cuánto de las viejas acepciones de amistad se ponen en juego aún hoy para definir los alcances del concepto, que permite comprender como ninguno las prácticas de la sociabilidad en el espacio público.

Un lugar común ha sido considerar a la amistad como una relación privada y personal; en muchos casos definida como opuesta a una relación pública y de grupo; nada es más engañoso que esta premisa. La *amistad* puede contener estos supuestos, por ser un tópico ambiguo, de bordes imprecisos y no lineales. Su carácter profundamente histórico se explica en contexto, donde sus alcances sociales y culturales se disputan discursos y prácticas. Su análisis histórico conlleva también pensar las transformaciones de los fenómenos que la involucran, y a mirar el campo de las relaciones sociales desde una perspectiva más plural y compleja.

Palabras clave

Amistad; práctica de sociabilidad; relación estructurante; horizontalidad

¹ Este artículo es tributario de la investigación que llevo adelante en CONICET, así como del debate realizado en el seminario de postgrado que dicté conjuntamente con Paula Caldo en el programa doctoral de la FHYA/UNR. Sin embargo buena parte de las inquietudes sobre el tema se fortalecieron en la discusión que pude mantener a lo largo de estos últimos años con Fernando Navarro y María Inés Carzolio.

² Marco Tulio Cicerón, *De amicitia*, 5° Edición anotada, Madrid, Gredos, 1987, p.139.

³ Epicuro (SV 39) tomado de Carlos García Gual, *Epicuro*, Madrid, Alianza, 2006, p. 213.

metodológica

Abstract

Friendship in common parlance us together as a protective mantle. The way to consider varies greatly, because the definition of the term is plastic and historically sensitive adaptable to the canons of our daily lives . It is paradoxical to note how much of the old meanings of friendship come into play even today to define the scope of the concept, which allows to understand how any of sociability practices in public space.

A common place was to consider friendship as a private and personal relationship and in many cases defined as opposed to a public and group -nothing is more deceitful than this premise. Friendship can contain these assumptions, being an ambiguous topic, indistinct borders and nonlinear . His character deeply explained in historical context where its social and cultural discourses and practices are disputed. His historical analysis thinking also involves transformations that involve phenomena, and look at the field of social relations in a more plural and complex.

Keywords

Friendship practice of sociability; relationship structuring; horizontality
methodological

Hace muchos años, tantos que cuesta datar una fecha, escuché hecha canción una de las Elegías de Miguel Hernández. Con el correr del tiempo siempre recordé en fragmentos sus versos, pero jamás olvidé su epígrafe: “en Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería”.⁴

La obra de Hernández desnudaba el profundo dolor que recorría al poeta; mostraba la herida abierta de la pérdida. Miguel lloraba a su amigo muerto, a su amigo del pueblo, el de las primeras exploraciones poéticas, aquél que lo había introducido en el mundo de los clásicos de la lengua española, el que lo había convencido de su valía literaria.

La mirada sensible sobre la elegía hernandiana aviva la visión que de la amistad y su prédica se tiene en la actualidad. Esa idea de amistad pura y sincera, congelada, inalterable. Sin embargo, poco se dice de sus condiciones de figura relacional básica que supera largamente la modernidad.

La amistad en el lenguaje común nos convoca como un manto protector. Tenemos amigos de la infancia, amigos de los juegos, aquéllos adheridos a nuestros recuerdos más tempranos. Tenemos amigos de la adolescencia, amigos de escapadas, salidas, los amores pasajeros, iniciadores de la vida adulta. Tenemos los amigos de juventud, muy ligados a la universidad, a la militancia. Tenemos amigos de la madurez, del trabajo, de la vida académica, con los que vamos al cine, al teatro, con los que compartimos lecturas, con los que cantamos. Tenemos amigos..., tantos o tan pocos como pensemos nuestro espacio público y social. La forma de considerarlos varía mucho, porque la definición del término es plástica e histórica, adaptable a los cánones sensibles de nuestra vida cotidiana. Es paradójico observar cuánto de las viejas acepciones de amistad se ponen en juego aún hoy para definir los alcances del concepto, que permite comprender como ninguno las prácticas de la sociabilidad en el espacio público.

Un lugar común ha sido considerar a la amistad como una relación privada y personal; en muchos casos definida como opuesta a una relación pública y de grupo; nada es más engañoso que esta premisa. La *amistad* puede contener estos supuestos, por ser un tópico ambiguo, de bordes imprecisos y no lineales. Su carácter profundamente histórico se explica en contexto, donde sus alcances sociales y culturales se disputan discursos y prácticas. Se define desde el género, el parentesco, el ciclo de vida, la estratificación social; anuda motivaciones e ideologías, normas y transgresiones. Su análisis histórico conlleva

⁴ Miguel Hernández, *Antología Poética*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2005, p. 167.

también pensar las transformaciones de los fenómenos que la involucran, y a mirar el campo de las relaciones sociales desde una perspectiva más plural y compleja.

La contemplación de la *amistad* como una figura relacional central en la investigación en el campo de la investigación histórica se presenta como audaz, pero no es nueva. En 1991, Maurice Aymard⁵ alertaba de los dos polos entre los que la *amistad* se debate: uno en el que se funde con las prácticas generales de la sociabilidad y compromete tanto a grupos como a individuos; y otro en el que se la presenta como una constante universal, sensible y amorosa. Aymard estaba analizando los momentos finales del Antiguo Régimen y por ello señalaba que las formas relacionales anteriores a la modernidad, entre ellas la amistad, aunque no desaparecían, se encontraban formalizadas y cada vez más circunscriptas al ámbito privado, presentándose así como vestigios condenados a desaparecer en una esfera pública que separaba incumbencias y marcaba nuevas reglas sociales y políticas.

Privada, personal, voluntaria e igualitaria, así en general se califica la *amistad* en el discurso contemporáneo; y buena parte de estas concepciones subyacen en lecturas fragmentarias de una larga tradición que se remonta a los estudios clásicos. Tal área del conocimiento ha dedicado mucha atención al examen de textos que desde Aristóteles en adelante han tomado a la *amistad* como núcleo conceptual. Su definición y sus alcances han generado una línea de interpretación muy importante que transita los estudios dedicados tanto a sociedades precapitalistas como plenamente capitalistas.

Ardua en su tratamiento, es necesario de manera constante mensurar su dimensión porque si la idea clásica de la amistad del mundo antiguo se sitúa como un espacio de interacción de hombres (varones) puros y cultos, otros son los alcances en marcos históricos más cercanos. La palabra amistad no es unívoca, sino que posee distintas significaciones y se aplica a distintos tipos de relación afectuosa. No obstante, la palabra amistad posee rasgos comunes: la amistad se define por el querer⁶ y por la reciprocidad de este afecto. Pero no toda forma de querer es propiamente amistad; y por cierto la reciprocidad se debe manifestar en el conocimiento y reconocimiento de ambas partes.⁷

⁵ Maurice Aymard, “Amistad y convivencia social” en Philippe Ariès y George Duby (Dir), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 57-99

⁶ “Amistad se dice en griego *philia*, palabra de la misma raíz que el verbo *phileîn*, que significa querer”. Tomás Calvo Martínez, “La concepción aristotélica de la amistad”, *Revista Cuatrimestral de Humanidades*, N° 30, p. 29.

⁷ Tomás Calvo Martínez, “La concepción aristotélica de la amistad”, ... op. cit., pp. 29-40.

En efecto, Aristóteles⁸ habla de ella al final de su tratado sobre las virtudes morales y antes del discurso sobre el sumo bien. Desde este ángulo, la *amistad* se situaba en la frontera de los vínculos políticos y los personales. Para Luigi Pizzolato⁹ no se la separaba tanto de las relaciones políticas como para verla relegada a la privacidad característica de los sentimientos; pero tampoco, por más privilegiada que se viera, se la consideraba un hecho exclusivamente racional, hasta el punto de identificarla con las ideologías o los vínculos institucionales. Para este autor, la *amistad* en la Antigüedad se consideraba incluso el fin de la actuación política misma, representando poco menos que la forma más alta de concordia cívica y de justicia: aún con todos los inconvenientes de personalizar el ámbito político.

Pizzolato nos presenta un recorrido muy amplio de autores y abordajes; en él, especialmente se detiene en una definición positiva del verdadero amigo emanada fundamentalmente desde Aristóteles en adelante, según una expresión convertida en estereotipo: es “otro uno mismo” (*héteros autos*), un ser exterior a sí con el que se tiene las relaciones que uno tiene consigo *cuando se es feliz*.¹⁰

Según Francis Wolff en la gran ética atribuida a Aristóteles se puede leer: “Así como, cuando queremos ver nuestro rostro, lo hacemos mirándonos en un espejo, también cuando queremos conocernos a nosotros mismos lo hacemos mirándonos en un amigo. El amigo, en efecto, según nuestra expresión, es otro nosotros. Por lo que el hombre que se basta a sí mismo necesita de la *amistad* para conocerse a sí mismo”.¹¹ El amigo no es por tanto cualquier otro, sino sería un obstáculo a la libertad –a la autarquía– del hombre feliz impuesto por Aristóteles. Tampoco es el amigo uno mismo, pues en tal caso no podría servir de punto externo de apoyo a la conciencia de la dicha.¹² Tal idea de *philia* comprende además un acercamiento a la felicidad. Fernando Navarro,¹³ al detenerse en los detalles de la reflexión filosófica de la *philia* en los textos de Aristóteles y Epicuro, señala

8 Aristóteles, *Ética Nicomáquea [Libro VIII, Libro IX]. Ética Eudemia [Libro VI]*., Traducción Julio Pallí Bonet, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1988.

9 Luigi Pizzolato. *La idea de la amistad*, Barcelona, Muchnik, 1996, p. 9.

¹⁰ No hay que dejar de mencionar además los aportes de: Jean Claude Fraisse, *Philia: la notion d'amitié dans la philosophie antique: essai sur un problème perdu et retrouvé*, Paris, J. Vrin, 1974; y David Konstan, *Friendship in the classical World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

¹¹ Francis Wolff, “El amigo paradójico”, en Sophie Jankélévitch y Bertrand Ogilvie (dir.), *La amistad. En su armonía, en sus disonancias*, Barcelona, colección Idea Universitaria-Filosofía, Idea Book, 2000, pp. 83-95.

¹² Pierre Aubenque, *La prudencia en Aristóteles*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 207.

¹³ Fernando Navarro, “Aristóteles y Epicuro: dos modelos éticos para pensar la *philia*”, *Revista páginas*, N° 4, 2012, pp. 13-33.

la tensión que encierra la naturaleza íntima de la relación amistosa y la posibilidad de pensar su proyección por fuera de esta interioridad hacia la política. Recordemos, por otro lado, que la *philia* en especial en Epicuro, tiene un sentido amplio envolviendo todo vínculo afectivo entre los seres humanos, y yendo más allá al considerar que la amistad comienza en las simpáticas relaciones cotidianas, y no se detiene sino en los confines de la carne, incluyendo las relaciones afectivas más estrechas, familiares y aun amorosas. La amistad para Epicuro tiene por objetivo la adquisición de placer y su génesis se encuentra en la conveniencia mutua; su utilidad proporciona ayuda contra el aislamiento, y se manifiesta en hechos benéficos recíprocos y la confianza que se gesta entre los amigos. En la concepción social del epicureísmo, los individuos viven en un mundo hostil y ajeno, donde la justicia es un mero pacto de no agresión; allí la amistad se presenta como un lazo de unión entre los hombres elegidos por su concordia y su liberalidad. El amigo es así, un refugio contra la soledad, y un espejo en que deben reflejarse nuestras acciones.¹⁴

El debate se expresa con claridad en las investigaciones de Domingo Plácido.¹⁵ En sus estudios, muestra a la *amistad* como una relación constituyente de las relaciones sociales de la aristocracia en la *pólis* entre el arcaísmo y el clasicismo democrático. Plácido ubica su análisis en las relaciones contextuales devenidas en la tensión entre lo personal y lo político, la solidarización de los lazos, y su debilitamiento y/o quiebres. Para este autor, en tanto instrumento básico para consolidar la cohesión social, y así comprender la relación de los jóvenes en su etapa formativa, tales vínculos, impregnados de *éros*, eran el germen de la formación de relaciones de *hetairía*, como instrumento de reproducción a través del *sympósion*, donde los jóvenes, entran en los grupos de adultos, para el ejercicio de la vida militar y de la política.

Sin embargo, la aparición escenográfica de la *amistad* en el campo de las ciencias sociales viene de la mano de la sociología francesa. Su abordaje ha sido influenciado por las argumentaciones de Durkheim en su clásico texto *La división del trabajo social*,¹⁶ pero

¹⁴ Carlos García Gual, *Epicuro*, ..., op. cit., pp. 210-217.

¹⁵ Domingo Plácido, “Las relaciones de amistad en la ciudad griega, entre arcaísmo y helenismo”, *Revista páginas*, N° 4, 2012, pp. 35-46

¹⁶ “Todo el mundo sabe que amamos a quien se nos asemeja, a cualquiera que piense y sienta como nosotros. Pero el fenómeno contrario no se encuentra con menos frecuencia. Ocurre también que muchas veces que nos sentimos atraídos por personas que no se nos parecen [...] La semejanza, como la semejanza, pueden ser causa de atracción. Sin embargo, no bastan a producir este efecto cualquier clase de semejanzas. No encontramos placer alguno en encontrar en otro una naturaleza simplemente diferente de la nuestra... existen diferencias de cierto género que mutuamente se atraigan; son aquellas que, en lugar de

también por toda una batería de interpretación antropológica que en especial ve los aportes alrededor del análisis de la figura del don y contradon realizada por Marcel Mauss¹⁷ como sustanciales para poder comprender la intrincada red de intereses e intercambios materiales y simbólicos abiertos por la *amistad*.¹⁸

Señala Bruno Karsenti¹⁹ que *La división del trabajo social*, no hace más que retomar la cuestión filosófica clásica de la *amistad*, elevándola a la categoría de problema sociológico crucial. La contradicción se desvanece en cuanto se intenta definir el concepto de *amistad* en función de la relación variable entre la personalidad individual y la colectividad, y refiriéndose por tanto directamente a las transformaciones de la solidaridad social. Asimismo, al considerar a la *amistad* como fenómeno propiamente social, parece indispensable realizar esa especie de salto cualitativo: desprenderse del plano mismo de lo social, y ver a la *amistad* operando como un relación estructurante, susceptible de una serie de variaciones que, en vez de deshacer su concepto, se convierte en la única materia a partir de la cual se lo puede desplegar²⁰.

Tenemos así que las relaciones sociales se presentan bajo una multitud de formas. Fuera del ámbito de las relaciones familiares, son las relaciones de *amistad* las que constituyen, al parecer, el tipo de relación más especial, tanto desde el punto de vista personal como desde el cultural; proporcionándonos un sentimiento fundamental de identidad y de pertenencia a un grupo. Félix Requena Santos²¹ destaca que el estudio científico de las

oponerse y excluirse, mutuamente se completan [...] Fórmense así pequeñas asociaciones de amigos en las que cada uno desempeña su papel de acuerdo con su carácter, en las que hay un verdadero cambio de servicios. El uno protege, el otro consuela, éste aconseja, aquél ejecuta, y en esa división de funciones o, para emplear una expresión consagrada, esa división del trabajo, la que determina tales relaciones de amistad.” Emile Durkheim. *La división del trabajo social*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 63/65.

¹⁷ El *Ensayo sobre el don* fue publicado por primera vez en 1925, fue reeditado hace muy poco tiempo en castellano por la editorial argentina Katz. Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y función en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2009.

¹⁸ Una puesta al día sobre el impacto de los escritos de Marcel Mauss, puede encontrarse en el estudio preliminar realizado por Fernando Giobellina Brumana en la edición del autor de editorial Katz.

¹⁹ Bruno Karsenti. “¿Hace la amistad donación de sí?” en Sophie Jankélévitch y Bertrand Ogilvie (dir.), *La amistad. En su armonía, en sus disonancias*, Barcelona, colección Idea Universitaria-Filosofía, Idea Book, 2000, pp. 98/103.

²⁰ Dice más adelante Karsenti: in embargo, en un tema como este se experimenta legítimamente cierta resistencia a dar este paso, ya que el elemento afectivo ocupa en él un lugar de primerísimo plano. Describir la amistad como una estructura impersonal que se impone a los agentes particulares y los impulsa irresistiblemente a unirse entre sí según ciertas modalidades es, se piensa, desencarnarla demasiado...la amistad, tal y como se concibe ingenuamente, no sería entonces más que un engaño o, lo que es más grave, una “mentira social”, una mentira entre individuos y una mentira de la sociedad a los individuos, que creerían quererse cuando se estarían mintiendo” en op. cit., p. 103

²¹ Félix Requena Santos. *Amigos y redes sociales: elementos para una sociología de la amistad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 2-5.

relaciones de amistad es fundamental para comprender, por un lado, el funcionamiento de las relaciones interpersonales y, por otro, la marcha de la vida social y de las organizaciones.

En tal sentido, la hipótesis central del texto de Requena Santos nos brinda una excusa metodológica muy atinada en la medida que el autor afirma que la disponibilidad de los amigos es una consecuencia directa de la localización física y la ubicación de los individuos dentro de la estructura social, resaltando además lo poco que sabemos y lo poco que inquirimos respecto de esta forma de relación social que recorre buena parte del pensamiento occidental. El amigo es un ser situado, es un miembro de un cuerpo político. La *amistad*, entonces, pasa a ser al mismo tiempo personal y política porque las bases de su intimidad no se sustentan sólo en la satisfacción de un sentimiento íntimo, sino en la consciencia de que la suerte de lo público pasa a través de las decisiones de ese grupo de amigos y de sus relaciones personales. Esta idea ya presente en el estoicismo medio y Cicerón,²² quien la despliega en *Lelio o De la Amistad*,²³ excede la concepción de la *amistad* como una serie de lazos personales motivados por el favoritismo político. Los hombres virtuosos deben desarrollar la *amistad* a partir de la lealtad, la confianza, el compromiso, la honradez, el adecuado comportamiento. La *amistad* así, aún sumergida en el dinámica de la vida pública, debe montarse y sostenerse sobre relaciones sinceras.

Si dentro de la visión clásica la *amistad* sólo estaría al alcance de los virtuosos y por lo tanto siempre resulta escasa, desde otra perspectiva la *amistad* se monta sobre una estrategia de redes que hace de los “muchos escasos”, un caleidoscopio de personas e intereses en juego, siempre diverso, siempre efectivo a la hora de instrumentar prácticas que reaseguren objetivos de género, clase o etnia tendientes a reforzar la identidad hacia el interior, y de robustecer la imagen social al exterior.²⁴ Aquí la idea de igualdad y voluntariedad se desdibuja porque al fin las relaciones sociales siempre se encontrarán marcadas por relaciones de reciprocidad que marcan jerarquías y solapamientos. La riqueza o el poder son factores que conmueven las relaciones personales a pesar que tengan

22 Esta tradición se prolongó en las elaboraciones del cristianismo y su posterior influencia en el pensamiento europeo occidental. Ver Luigi Pizzolato. *La idea de la amistad*, ...op. cit. compilación de José María Zamora Calvo (ed.), *La amistad en la Filosofía Antigua*, Madrid, UAM, 2009; en especial el texto de Isabelle Koch, *L'amitié chez saint Agustin: de Cicéron à l'écriture*, en la citada compilación.

23 Marco Tulio Cicerón, *De amicitia*, 5° Edición anotada, Madrid, Gredos, 1987.

24 Sandra Fernández, “Sociabilidad y amistad. Los desafíos de una relación interdisciplinaria”, *Revista Páginas*, N° 4, 2012, p. 3-11.

valor en sí mismas dando cuenta de formas de reciprocidad simétrica o asimétrica al interior de las sociedades.²⁵

Por ejemplo, las relaciones de amistad entre los romanos iban más allá de las relaciones entre iguales marcadas por Cicerón, sino también como modos de contrato que regulaban relaciones entre estados, incluidos los estados clientes de Roma; es decir entre miembros de distinta condición, y tanto en la política exterior como en la interior.²⁶

Las praxis y los discursos clásicos sobre la amistad, pasaron por el cedazo cristiano, que los iba a resignificar en términos filosóficos pero fundamentalmente en nuevas formas de identificación. Anita Guerreau Jalabert señala muy bien como la idea de *caritas* clásica fue pensada, a partir de las relecturas realizadas en particular por Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, para hacerla parte indisoluble de la *iglesia*. La *caridad-amistad* constituye así el modelo del vínculo social propuesto por la iglesia a los hombres medievales, y tal vínculo no era voluntario, por lo tanto era un espacio de intercambio desigual y jerárquicamente orientado.²⁷ Por consiguiente, la comprensión de la *amistad* dentro de esa nueva racionalidad es una exigencia metodológica indispensable en el análisis de las obras de los teólogos, pero también de los pactos. *Caritas* aparecería como sinónimo frecuente de amistad en los tratados, que regulaban las relaciones entre reyes y aristócratas, pero en ellos existía una exclusión particular: el enemigo de uno de los contratantes sería a partir del acuerdo, enemigo de ambos.²⁸

Siguiendo a Carzolio, podría afirmarse entonces que la *amicitia* medieval al fin se establecía entre hombres de muy dispar condición, de pueblos diferentes; que se complementaba con el compadrazgo, el parentesco y más tarde, el señorío. Los efectos eran singulares: los aristócratas se aseguraban trascender el límite establecido por la parentela, por medio del apoyo de los amigos libremente elegidos fuera de ella. Las alianzas de amistad, junto con los lazos de parentesco, hacían posible la consolidación de una solidaridad social que garantizaba el funcionamiento de las distintas esferas de la vida. Insiste así Carzolio que “el reconocimiento de que hasta la contemporaneidad no existe una división entre lo público y lo privado ha dado impulso a que, sobre todo en las últimas

²⁵ Josepa Cucó Giner, *La amistad. Perspectivas antropológicas*, Barcelona, Icaria, 1995, pp. 24-25.

²⁶ Gerd Althoff, “Las *amicitiae* [amistades] como relaciones entre estados” en Lester K. Little y Bárbara H. Rosenwein (eds), *La edad media a debate*, Madrid, Akal, 2003, p. 304-333.

²⁷ Anita Guerreau-Jalabert, *Caritas y don en la sociedad medieval accidental*, Hispania, N° 204, 2000, pp. 27-62, p. 30.

²⁸ Jacques Heers, *El clan familiar en la edad media*, Barcelona, Labor, 1978, p. 126.

décadas, una historia política relacional haya tenido en cuenta el valor de las relaciones de parentesco reales o ficticias y de los lazos personales (feudales, de patronazgo, compadrazgo, amistad) y la reciprocidad implicada en ellas por la costumbre, que vinculaba las personas y las corporaciones durante los siglos del Antiguo Régimen e incluso, más allá de su término oficial, en la época constitucional. La revisión de este conjunto de vínculos pone una vez más a la amistad en el cruce de relaciones sociales cuya amplitud de radio es bien distinta: desde la familia al conjunto de la cristiandad”.²⁹

El paulatino abandono de las pautas de interacción social previas, conforme los estados nacionales europeos se consolidaban, hizo que las investigaciones en torno de término se concentraran cada vez más en las prácticas cortesanas, ese mundo de la *politesse* y el decoro formal en los límites de la aristocracia. La abundancia de fuentes, dentro de las cuales las epistolares descollan, hizo que estos estudios prosperaran. El impulso historiográfico, sobre todo analista, permitió un conocimiento profundo de la vida sociabiliar en la corte, estimulado por un eje procesual fundamental: la transición del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa. En este sentido, la influencia de la historia de las mujeres, incorporada como referente para las investigaciones propias de la Historia Social, también permitió un campo de acción que abrió un abanico de temas y problemas que contenían en su seno la dinámica de la amistad.

Es una tarea que excede largamente este artículo sistematizar la producción realizada alrededor de tales tópicos, pero no se puede dejar de señalar el impacto que tuvieron colecciones como *La Historia de la Vida Privada*,³⁰ y luego *La Historia de las Mujeres*.³¹ El precursor texto de Aymard, citado al comienzo, fue acompañado por una batería de artículos que si bien no se dedicaban en particular a la amistad, dejaban entrever sus efectos y derivaciones en el análisis de las relaciones sociales del Antiguo Régimen. De hecho, los más significativos buscaron integrar el mundo de las mujeres y las diferentes prácticas de sociabilidad como esenciales no sólo de la consideración de la amistad como elemento constituyente central de la sociabilidad cortesana, sino además de lo que significaría a posteriori, la delimitación de dos esferas contrapuestas: la esfera pública y el mundo de lo privado.

Entre ellos, la obra de Benedetta Craveri abre un paréntesis sustancial. Primero con *La*

²⁹ María Inés Carzolio, *De la amicitia medieval a la amistad de la modernidad*, mimeo, 2013, p.11.

³⁰ Philippe Ariès y George Duby (Dir.) *Historia de la vida privada*, 10 vols., Madrid, Taurus, 1991.

³¹ George Duby y Michele Perrot (Dir.) *Historia de las mujeres en occidente*, 10 vols., Madrid, Taurus, 1993.

*cultura de la conversación*³² y luego en *Amantes y Reinas*,³³ Craveri expone, con maestría narrativa, las alternativas en la construcción de las tramas de amistad que tenían como ego a las aristocráticas fémimas de la Francia de los siglos XVII y XVIII.

Cuando describe a las mujeres de la corte de Francisco I hace hincapié en las vicisitudes de vivir todos los días en los mismos lugares, tomar parte en los mismos rituales y pasar juntas el tiempo entre una ceremonia y otra. La copresencia, como diría Giddens,³⁴ hacía que se fortalecieran y se unieran con lazos de amistad, de solidaridad, de simpatía y de cortesía. Una red de contactos subterráneos paralela a la oficial, constituida a partir de la etiqueta, las relaciones de fuerza y el código del honor, se hacía fuerte entre estas mujeres y sus grupos de pertenencia:

“Era un sistema de comunicación fundado en la delicadeza y reserva femenina que permitía a padres, maridos y hermanos obtener valiosas informaciones, transmitir mensajes de manera informal, por mover matrimonios ventajosos y, en caso necesario atenuar la agresividad masculina y suavizar sus ofensas. El mismo sistema, sin embargo, podría prestarse igualmente bien a tejer conspiraciones e intrigas, a fomentar rivalidades y a cultivar el odio y el deseo de venganza”.³⁵

Pero aún la *amistad* potencialmente femenina de la corte sufría transformaciones. El vínculo basado en la estima, en la admiración, en el respeto, las *amitiés amoureuses* de las “preciosas”, contadas en las fuentes con usos metafóricos plagados de esteticismos, también dejaban paso a la interpretación de las mismas como auténticas relaciones amorosas.³⁶ Así afirmaría Craveri:

“el antiguo código aristocrático del amor cortés sufrió una postrera metamorfosis y cedió el paso a un deseo generalizado de placer. Los hombres, no menos que las mujeres, fueron llamados a contribuir en igual medida a hacer de la ficción amorosa un juego colectivo que había de generar armonía y reforzar la cohesión social de una sociedad en transformación. Cautivar, hacerse grato, presentarse como intérprete de los deseos de otro eran imperativos comunes a todos aquellos que se reconocían en la nueva moral mundana de la *honnêteté*”.³⁷

Para el mismo período, otros estudios sobre las redes de sociabilidad, desnudaban relaciones menos elevadas y estetizadas. Vínculos plagados de intercambios,

³² Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, México D.F., FCE, 2004.

³³ Benedetta Craveri, *Amantes y Reinas. El poder de las mujeres*, México D.F., FCE, 2005.

³⁴ Anthony Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995.

³⁵ Benedetta Craveri, *Amantes y Reinas*. ..., op. cit., p. 49.

³⁶ Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*..., op. cit., pp. 141-144.

³⁷ Benedetta Craveri, *Amantes y Reinas*. ..., op. cit., p. 218

reciprocidades, mucho más prosaicos en el hacer y en el decir. Michel Bertrand estudió a los oficiales de finanzas de la Nueva España en los siglos XVII y XVIII a partir de sus universos relacionales. Si bien encontró gradaciones de intensidad desigual en las redes de sociabilidad en las que se desenvolvían, que mostraban ecos de formas de lazos de siglos anteriores, Bertrand devela “aún a riesgo de imponer algunas distorsiones en las fuentes”, cómo estos funcionarios de la corona y sus “amigos” operaban en la vida social, económica e institucional. Aquellos con los que la relación era más estrecha y por lo tanto más fuerte, eran los “amigos íntimos” sostenidos a veces en el parentesco real y/o ritual, cualidades que le otorgaban a la relación solidez y fidelidad de alcances difíciles de desentrañar: “Es a ellos a los que confían el comercio que mantienen en la ilegalidad. Es ante ellos que depositan las sumas de dinero que quieren invertir discretamente en una u otra actividad económica. Es finalmente, a menudo, con ellos que se prolonga esta relación sólida mediante el establecimiento de lazos familiares cuando no existen de antemano, sobre todo recurriendo a matrimonios celebrados entre sus hijos”.³⁸

En esta jerarquía de lazos y uniones, Bertrand divide los alcances de la amistad: los amigos no son todos iguales, al círculo íntimo se les superpone otro, un segundo grado de amistades compuestas de socios que pertenecen al mundo económico o financiero. Aquí la relación mantenida era particularmente profesional y descansaba en relaciones económicas estratégicas para ambas partes, donde no se evidenciaban prolongaciones afectivas ni se reforzaban con alianzas familiares o espirituales. En este grupo de “amigos”, el funcionario de finanzas reclutaba a sus fiadores o garantes: “es entre ellos, en el ejercicio de sus atribuciones y a cambio del sostén inicial obtenido, donde distribuirá sus favores, privilegios y atropellos”.³⁹

A partir de los dos autores mencionados se observa cómo la amistad durante el Antiguo Régimen presenta variaciones, y cómo éstas expresaban sus diferentes manifestaciones y circunstancias expresivas. Las transformaciones que la modernidad impondría debilitarían los gestos y códigos de la amistad labrados durante los siglos XVII y XVIII.

De este modo, buena parte de las interpretaciones que ubican a la amistad como una práctica circunscripta al mundo de lo privado se asientan en la consideración de la construcción de una esfera pública burguesa que demolió paso a paso el castillo de naipes

³⁸ Michel Bertrand, “De la familia a la red de sociabilidad”, en *Revista Páginas*, N° 6, 2012, p.74.

³⁹ Michel Bertrand, “De la familia a la red de sociabilidad”..., op. cit., p.75

de la sociabilidad cortesana, así como también, entre otras, las formas en que esta sociabilidad funcionaba en la trama institucional y política.

Tributarios de la obra de Habermas, buena parte de estos abordajes descansaron en una consideración de espacio público que se definía como un cuerpo de personas privadas reunidas para discutir asuntos de interés público y común, pero también de los *públicos* que pretendían mediar entre la sociedad y el Estado. De allí se desprendía que la idea de esfera pública designaba tanto al mecanismo institucional tendiente a “racionalizar” la dominación política al hacer responsable al Estado frente a los ciudadanos; y también al tipo específico de acción discursiva, que connotaba un ideal de discusión abierta y al alcance de todos de los asuntos públicos. Las desigualdades puestas entre paréntesis permitían la deliberación de los ciudadanos sobre problemas comunes en espacios diferenciados del Estado y la economía oficial, el lugar para la producción y circulación de discursos: la opinión pública.⁴⁰ En palabras de Nancy Fraser, tal delimitación definía plenamente el potencial utópico del modelo liberal.⁴¹

Pero la modelización de Habermas descansaba sobre una interpretación de una realidad histórica particular, la transición del absolutismo a las manifestaciones políticas del liberalismo. James Van Horn Melton subraya que el absolutismo al convertir al Estado en el *locus* del poder ciudadano, hizo de la sociedad un dominio privado, separado de su esfera de interés. Fue en el seno de este espacio social privado, forma embrionaria de la moderna “sociedad civil”, donde haría su aparición la esfera pública burguesa. Durante el siglo XIX la preeminencia del capitalismo, desvinculó más aún el Estado y la sociedad. Se estaba entonces ante la emergencia de una nueva concepción de familia como esfera de intimidad y afecto por parte de la burguesía.⁴²

Es interesante ver entonces, como el espacio alimentado de forma sistemática y creciente por las mujeres en los salones, teatros y debates se desestructuraba merced a la división creciente entre lo público y lo privado arrojándolas al mundo doméstico. Las mujeres de los sectores ilustrados, ya aristócratas, ya miembros de una burguesía emergente, que

⁴⁰ Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Madrid, Gustavo Gili, 1981.

⁴¹ Nancy Fraser, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*, Bogotá, Universidad de los Andes/Siglo del Hombre editores, 1997, pp. 96-97; y Nancy Fraser, “La justicia social en la era de la política de identidad: redistribución, reconocimiento y participación”, en *Revista de Trabajo*, año 4, N° 6, 2008, pp. 83-99.

⁴² James Van Horn Melton, *La aparición del público durante la Ilustración europea*, Valencia, PUV, 2009, pp. 17-22.

habían gozado de una visibilidad y desempeño sin las cuales muchas prácticas e instituciones de la esfera pública habrían sido inconcebibles, perdían cada vez más predicamento. Los valores de amistad acuñados en estos espacios sociales, que involucraban por igual a varones y mujeres, iban a sufrir el embate de las transformaciones inherentes a este tiempo histórico. El espacio público se convirtió en un mundo de varones; las mujeres relegadas a la órbita doméstica, debieron dar otros parámetros a sus hábitos y conductas.

Esta perspectiva en torno de la participación de las mujeres en la esfera pública de la Ilustración en adelante –en particular a lo largo del siglo XIX- descansa en los importantes señalamientos que el revisionismo crítico realizó sobre los postulados de Habermas. Es justamente Joan Landes la que hace énfasis en que la cultura del salón, que era amable con las mujeres, es reemplazada por una esfera pública republicana que las separa de la vida política.⁴³ Geoff Eley va más allá al afirmar que las operaciones de exclusión fueron esenciales para la construcción de una esfera pública republicana: no sólo las mujeres quedaban al margen, sino que se profundizaban las diferencias de clase y etnia, bajo el aparente manto protector de los preceptos liberales de la igualdad y la libertad.⁴⁴ Para Eley, el ideal de Habermas está construido por fuera de los procesos históricos, al pensar la esfera pública burguesa como universal, en donde las diferencias y jerarquías quedan en suspenso. Por tanto, no hay sólo un público, sino una red de múltiples públicos en competencia, que disputan normas, elaboran otros estilos de comportamiento político, y organizan formas alternativas de expresión pública⁴⁵. Las esferas públicas no son sólo espacios para la formación de opinión discursiva, son también espacios para la formación y concreción de identidades sociales. La participación implica hablar con la propia voz expresando identidades colectivas.⁴⁶

El ingreso de este concepto transfiguró entonces, la manera en que se interpretarían los vínculos de amistad durante el siglo XIX. Su rango discursivo abarcaba desde el dominio

⁴³ Joan Landes, “Women and the public sphere: a modern perspective”, en *Social Analysis*, N° 15, 1984, pp. 20-31, <http://www.jstor.org/stable/23169275>.

⁴⁴ Geoff Eley *Nations, public and political culture: placing Habermas in the nineteenth century*, en CSST Working Papers, University of Michigan, Ann Arbor, Abril/1990, pp. 11-13, <http://deepblue.lib.umich.edu/bitstream/handle/2027.42/51184/417.pdf?sequence=1>

⁴⁵ La revisión de Eley ha sido tomada de Nancy Fraser, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”* ..., op. cit., pp. 102-105.

⁴⁶ Nancy Fraser, “Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia existente”, en *Revista Entrepasados*, N° 7, Buenos Aires, 1994, pp. 87-114.

doméstico hasta el mercado literario, las formas e instituciones de la sociabilidad y el debate político. Por ello, para comprenderla en el marco del liberalismo imperante durante el período, hace falta incorporar otro concepto solidario: la sociabilidad.

El concepto sociabilidad, y en especial, sus alcances explicativos para variadas formas de interrelación social, han permitido en estos últimos treinta años profundizar investigación e introducir nuevos tópicos de análisis. Acuñado por Maurice Agulhon hace casi cincuenta años, tal concepto ha permitido complejizar las formas en que comprendemos el sentido de lo social desde nuestro campo. En tanto noción de origen histórico –categoría normativa empleada por actores del pasado-, su utilización en el siglo XX, se concentraría en su condición de categoría teórica;⁴⁷ y por ello pasaría a ser una de las herramientas fundamentales para comprender e interpretar la representatividad de los vínculos relacionales entre los sujetos. Capaz de revelar prácticas y nudos problemáticos en el campo historiográfico pero también sociológico, antropológico, pedagógico, sin dudas es uno de esos conceptos mestizos que transita e interpenetra cada uno de los campos de las Ciencias Sociales. Fue el propio Maurice Agulhon,⁴⁸ quien expondría, enfatizando en la naturaleza sociocultural del término, que los análisis que tienen como eje la sociabilidad no deben ser privados de una lectura interdisciplinaria.

No es menor la importancia de su uso normativo ya que se difunde en particular durante el siglo XVIII, cuando los actores sociales la utilizan para dar cuenta tanto de las relaciones cotidianas como de los deseos y posibilidades de convivir con otros. Por lo tanto, desde allí la sociabilidad es un instrumento de la vida social: la amistad y la cortesía aparecen como constituyentes de un modelo de vínculo que era patrimonio casi exclusivo de la nobleza. La sociabilidad se constituye en una práctica y un principio, designa un atributo (la tendencia de los individuos a agruparse y colaborar) que se considera innato y propio de las “gentes civilizadas”.⁴⁹ Tales formas colectivas dieron origen a la sociabilidad “mundana”, que si bien dejaba a fuera a las formas de relación y encuentro de los sectores

47 Javier Navarro, “Sociabilidad e historiografía: trayectoria, perspectiva y retos”, en *Saitabi*, N° 56, Valencia, Universidad de Valencia, 2006, p. 100; Jordi Canal. “Maurice Agulhon: historia y compromiso republicano” en *Historia Social*, N° 29, Valencia, UNED, 1997, pp.47-72.

48 Maurice Agulhon. *Historia Vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto Mora, 1994 y Maurice Agulhon. *El Círculo Burgués. La sociabilidad en Francia 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

49 Mónica Bolufer, *Del Salón a la asamblea: sociabilidad, espacio público y ámbito privado (siglos XVII-XVIII)*, *Saitabi*, N° 56, p. 121-122.

populares, trascendía la corte, y avanzaba sobre círculos sociales acomodados y letrados.⁵⁰ Hace unos años, junto con Paula Caldo,⁵¹ elaboramos un pequeño estado de la cuestión sobre este tópico. Allí decíamos que, si bien Agulhon es una referencia insoslayable, el uso del concepto por él acuñado lo había superado largamente. Jordi Canal⁵² muy bien marca que su uso buscó ordenar interpretaciones muy variadas que iban desde las expresiones de una sociabilidad institucionalizada, en muchos casos instrumentada por el Estado liberal, hasta las formas prerrevolucionarias de vinculación social, insertándose en el universo historiográfico: la sociabilidad había llegado para quedarse. También se intentaba superar la definición derivada de la sociología, en particular desde los aportes de Simmel,⁵³ que implicaba una concepción abstracta del universo social y de los comportamientos, priorizando los elementos innatos del vínculo social, y excluyendo el análisis del contexto y de la naturaleza socio-cultural de las relaciones pautadas por la sociabilidad.

En el año 1966, apareció la primera edición de *La sociabilité méridionale*, el primero de los libros de Agulhon dedicado al tratamiento de la *sociabilidad*. Así, hace casi cincuenta años el historiador francés marcaba un primer hito no sólo alrededor de la conceptualización del término, sino también en torno de su aplicación en la investigación histórica. En ese tiempo, el estudio de la *sociabilidad* francesa tenía un foco prioritario: el período de transición del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa. Pero el propio Agulhon y varios de sus continuadores hicieron trascender este recorte, aplicando metodológicamente tal categoría en otros tiempos y espacios, y extendiendo el análisis hacia otros sujetos sociales como obreros y campesinos. Agulhon indicó un atajo conceptual innovador por donde acceder y enriquecer con nuevas luces tanto la historia social como la política. Así, a medida que pasaba el tiempo y su producción crecía, no se privó de poner en diálogo el plano teórico con el empírico para reforzar y reconfigurar su conceptualización originaria.⁵⁴

Desde Agulhon, la sociabilidad refiere a los sistemas de relaciones cuya naturaleza, nivel

⁵⁰ Daniele Roche, *La France des Lumières*, Fayard, Paris, 1993 y Sarah Maza, *Vies privées*, Paris, affaires publiques, 1997.

⁵¹ Paula Caldo y Sandra Fernández “Sobre el sentido de lo social” en *Ciudad Oblicua. Aproximaciones a temas e intérpretes de la entreguerra rosarina*, Rosario, La quinta pata & camino ediciones, 2008, pp. 145/152.

⁵² Jordi Canal. “Maurice Agulhon: historia y compromiso republicano” en *Historia Social*, N° 29, Valencia, UNED, 1997, pp.47-72.

⁵³ Georg Simmel, *Sobre la individualidad y las formas sociales*, Buenos Aires, UNQ, 2002 y Georg Simmel, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1998.

⁵⁴ Paula Caldo y Sandra Fernández “Sobre el sentido de lo social”..., op. cit., pp. 145-152.

de sujeción de los miembros, número de integrantes, estabilidad, no se hallan estrictamente pautadas, pero que a su vez provocan, gestan sentimientos de pertenencia-solidaridad. De esta manera, el concepto se iba a distinguir por la amplitud y la ambigüedad haciendo coincidir en él, tanto las experiencias de sociabilidad recreadas en asociaciones formales – con estatutos, comisiones directivas, locales fijos de reunión, etc.– como así también situaciones de agrupamiento informal como los cafés, las tabernas, los paseos públicos, etc. Las críticas que este concepto fue cosechando sirvieron para que su autor lo reformulara y remitiera exclusivamente a las *asociaciones* como: “formes de sociabilicé spécifiques”.⁵⁵

Tales aproximaciones e incluso redefiniciones de Agulhon quedarían reflejadas en *Historia Vagabunda*, publicado por primera vez en 1988 y traducido al español en 1994. Allí Agulhon insistiría en el estudio de las formas de *sociabilidad* de los obreros; su trabajo empírico lo llevó a redoblar su apuesta teórica y a aventurar una transformación en su definición. Entonces dirá: “El tema de estudio propuesto es la sociabilidad, entendida como la aptitud de vivir en grupos y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias”.⁵⁶

Siete años después de haber explicado que la sociabilidad refería a un *sistema de relaciones*, ahora lo hacía entendiéndola como una *aptitud humana* que provoca la asociación voluntaria. Sin dudas, no es igual estudiar la sociabilidad como un sistema de relaciones que como una aptitud de vivir en grupos. Mientras que, en el primer caso, la estructura prevalece, en el segundo lo hacen los sujetos colectivos. Entonces, las preguntas y las fuentes donde pensar la problemática son redefinidas ampliando el arco temas posibles de abordar y haciendo énfasis en relaciones sociales más difíciles de encontrar en superficie en las fuentes. Así entonces sí para estudiar la sociabilidad burguesa se disponía de un cúmulo importante de documentos, no ocurría lo mismo para introducirnos en el mundo de los sectores subalternos. Entender a las *sociabilidades* en plural, no fue sólo una consecuencia de las diferentes prácticas y los diversos actores sociales que la movilizaban, sino de una división más sutil que el mismo Agulhon reconocía: se trataba del difuso límite entre la *sociabilidad formal* y la *informal*.

Con esta división subyacente, los estudios en torno de la sociabilidad adquirieron marcos de referencia cambiantes y en especial estrategias más complejas para el análisis de

⁵⁵ Javier Navarro, “Sociabilidad e historiografía: trayectoria, perspectiva y retos”, ”...”, op. cit., p. 104

⁵⁶ Maurice Agulhon. *Historia Vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto Mora, 1994, p. 55.

fuentes. Las relaciones sociales son difíciles de rastrear en los corpus documentales y exigen entrenamiento y oficio para encuadrar metodológicamente su sistematización. Por ello, si alguna de sus manifestaciones permite un abordaje más simple en términos de recopilación e investigación de base, por ejemplo asociaciones y reuniones formalizadas; otras presentan desafíos considerables. Entre estas últimas las formas que adquiere la amistad son un reto, no sólo por la atención que debe dedicársele a su tratamiento; sino porque además introduce a los investigadores en el largo debate alrededor de su conceptualización. No basta con encontrar simplemente la enunciación del amigo, la retórica de la amistad en los documentos, sino comprender el contexto de producción de tal discurso, y en especial las prácticas que conllevan tales enunciados.

Un ejemplo excepcional es la investigación de Sharon Markus. La autora pretende, y logra, estudiar los vínculos entre mujeres en la Inglaterra victoriana. Partiendo de dos supuestos, el fuerte contenido privado de las relaciones femeninas en el período y la rigidez impuesta por reglas morales y jurídicas propias de la sociedad británica, Markus toma como uno de sus centros de interés la amistad. Sirviéndose de la escritura biográfica (memorias, autobiografías, cartas y diarios) para mostrar la importancia de la amistad entre mujeres, devela como este modelo de relación reforzaba la feminidad, al tiempo que permitía formas de actuación que eran sistemáticamente vetadas por los varones.⁵⁷ La tesis central de *Entre mujeres*, profundamente influenciada por la teoría *queer*, muestra que en la Inglaterra victoriana, el matrimonio femenino, la movilidad de género y las fantasías eróticas de mujeres respecto a mujeres se encontraban en el centro de las instituciones y los discursos normativos, incluso para los que hacían de la familia, el matrimonio y la diferencia sexual una religión.⁵⁸

La amistad femenina era el material esencial de la escritura de diarios y cartas. Las mujeres que dejaron documentos de sus vidas entre 1830 y 1890, a pesar de ser muy diferentes, tenían una comprensión de la amistad que no compartían con quienes vivieron antes y después de este período. La amistad femenina existía como categoría y práctica social previa, y posteriormente de la época victoriana, pero la etapa comprendida entre 1830 y 1890, fue la del apogeo de las amistades sentimentales legitimadas en términos de afecto,

⁵⁷ Sharon Markus, *Entre mujeres. Amistad, deseo y matrimonio en la Inglaterra victoriana*, Valencia, PUV, 2009, p.15.

⁵⁸ Sharon Markus, *Entre mujeres*... op. cit., p. 31.

atracción y placer, así como contenidas por lazos matrimoniales y familiares.⁵⁹

El texto de Markus es esclarecedor para analizar la amistad en el ámbito femenino, pero en el espacio público de matriz liberal del siglo también la amistad masculina florecería en el perímetro de la sociabilidad formal, aún sin descuidar los nuevos mundos del club, el café.⁶⁰ Es en las asociaciones, en tanto espacios institucionales donde la sociedad manifestaba sus opiniones, donde los varones se organizaban en torno de intereses comunes, intercambiaban reciprocidades, debatían intelectual y políticamente. Estas entidades eran el *ágora* a disposición del mundo masculino, primordialmente burgués; y eran el lugar de mediación entre la sociedad civil y el Estado. Cuestiones de “pública incumbencia” y “común interés” eran tópicos centrales en la constitución de metas institucionales. Arena de preparación política, las asociaciones nutrieron de dirigentes al mundo de la política en sus más variadas formas y expresiones.

¿Dónde se asentaba el beneficio común? ¿Cuáles eran las bases de reclutamiento? Intereses sectoriales, étnicos, lúdicos, propiciaban la organización. Los objetivos de alguna de estas instituciones quedan muy claros. Cámaras empresarias, sindicatos, colegios profesionales se constituían prioritariamente sobre la base de la defensa corporativa, la búsqueda de derechos, la negociación con el Estado, etc. Pero otras entidades se gestaban al calor de vínculos más informales, identitarios; los “amigos” se encontraban para propiciar tareas altruistas, culturales, educativas, de resistencia. Es el caso, por ejemplo, de los estudios realizados sobre asociaciones culturales o bibliotecas populares a comienzos del siglo XX en Argentina. En la investigación hecha sobre “El Círculo de la Biblioteca”⁶¹ se expone cómo la consolidación de un esquema de sociabilidad formal –asociación– que había sido construida previamente sobre redes de amistad instrumentalizadas en múltiples esferas de interés, se articulaba pragmáticamente con el estado municipal para desarrollar un programa cultural capaz de transformar el ámbito social de la ciudad de Rosario. El detallado registro prosopográfico para ubicar el “nombre” en un sinnúmero de fuentes

⁵⁹ Sharon Markus, *Entre mujeres*..., op. cit., p.51-53

⁶⁰ En la historiografía argentina, existen dos aportes muy significativos en torno de los espacios de la sociabilidad fundamentalmente masculina. Sandra Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires: Hombres, honor y cafés. 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del signo, 2000. Pilar González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. La sociabilidad en Buenos Aires, 1829-1862*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. Pilar González Bernaldo, La “sociabilidad” y la historia política Nuevo Mundo Mundos Nuevos, 2008, p. 1-29. [<http://nuevomundo.revues.org/index24082.html>]

⁶¹ Sandra Fernández, “Sociabilidad, arte y cultura. Una experiencia en la Argentina de entreguerra” en *História Unisinos*, Vol. 13, N° 1, Porto Alegre, en prensa, p. 5-13.

(entre las cuales se priorizan las institucionales) y organizar la red tridimensional de contactos, completados los vínculos a partir de otro cúmulo de fuentes, como periódicos, revistas, cartas, diarios, informes; otorgaba pistas ciertas de relaciones que no estaban exclusivamente tejidas en torno de lo parental y, menos aún, en función de registros político-partidarios o económicos. Las huellas se completaban con pequeños datos para pensar la amistad en acción: la noticia social del viaje en conjunto, el comentario favorable en la revista de turno, el diario íntimo que describe relaciones, la carta que implora, la nota ministerial que señala. El núcleo íntimo gestor de los primeros lazos performa en los posteriores círculos concéntricos que amplían la red, otorgándole volumen. La amistad se traviste en distintas formas. El estudio muestra cómo la amistad de estos varones burgueses ilustrados se constituye en forma solidaria en términos individuales y colectivos. La conciencia de su dimensión pública se expresaba en la generación de una identidad que superaba ampliamente el marco institucional. Sus prolongaciones tenían como motor una fuerte identidad local que estaba adherida a una fuerte identificación cultural montada sobre valores considerados universales y aptos para la sociedad en su conjunto. Los “amigos” además tenían una fuerte conciencia de lo “público”, y más allá de considerar esta esfera como universal, su lugar de privilegio social declarado literalmente en sus escritos, los hacía colocarse como los principales intermediarios entre la cultura, la ciencia, y la base social de la ciudad.⁶²

En esta misma línea puede incluirse el trabajo de Patricia Tavares Raffaini, sobre el Departamento de Cultura de São Paulo entre 1935 y 1938. Allí esa imagen de lo público como construcción, alimentada por grupos ligados al modernismo de los años 20s con fuerte empatía y claros objetivos de transformación e intervención en la ciudad, se evidenció en las iniciativas concretas desarrolladas desde el órgano municipal. A partir de fuentes institucionales y periodísticas, testimonios, memorias, epistolarios, Tavares Raffaini muestra cómo el grupo de intelectuales y artistas, unidos por fuertes vínculos de amistad, buscaba promover la integración de la heterogénea población paulista del período a través de un programa de cultura que exaltaba el emblema de lo nacional.⁶³

⁶² Sandra Fernández, “Poder local y virtud. Legitimación burguesa en el espacio local. Rosario-Argentina- en las primeras décadas del siglo XX” en Pilar García Jordán (ed.), *Estado, región y poder local en América Latina, siglos XIX-XX*, Barcelona, Publicacions i Edicions Universitat de Barcelona, 2007, pp. 229-250.

⁶³ Patricia Tavares Raffaini, *Esculpiendo a cultrua na forma Brasil. O Departamento de Cultura de São Paulo (1935-1938)*, São Paulo, USP, 2001.

Es que la esfera pública literaria, pero también artística e intelectual durante los siglos XIX y XX, se desarrolló conjuntamente con espacios de sociabilidad informal o escasamente formalizadas como los cafés, los clubes de lectura y los salones. En tanto que escenario donde los sujetos individuales se involucraban en discusiones racionales y críticas pronto se desplazó más allá del mundo literario no político y amplió sus alcances hacia cuestiones políticas, por lo que rápidamente podía adquirir entidad más formal.

Estudios realizados sobre amistades intelectuales que transformaron la escena contemporánea expresan la intensidad del lazo amistoso en la consecución de obras fundamentales de la biblioteca política y filosófica de las últimas dos centurias. Basadas en general sobre la interpretación de corpus epistolares, exploran la dinámica de relaciones puestas a prueba en críticas situaciones de la contemporaneidad europea. Por ejemplo, el análisis de Gilbert Badia sobre la correspondencia entre Marx y Engels atestigua la fortaleza de un vínculo amistoso radicado en una solidaridad plena entre ambos intelectuales: “solidaridad económica en las dificultades financieras del exilio. Solidaridad afectiva: la amistad llega a ser recelosa, pero se fortalece en las pruebas. Solidaridad política: la amistad se estrecha también por la defensa de una misma causa. Solidaridad intelectual: la amistad, aunque severa, se nutre de una estima recíproca, de intercambios teóricos y de un trabajo común”.⁶⁴ Badia insiste que la cohesión entre Marx y Engels se alimentaba en su entrega absoluta y compartida a la causa revolucionaria. Un bien mayor que hacía que Marx supiera que “no sólo podía contar con Engels para todo, sino que podría también confiarle la más difícil de las tareas: proseguir su obra”.⁶⁵

Otra muestra de este modelo de análisis lo representa la obra de Erdmut Wizisla, dedicada a Walter Benjamin y Bertolt Brecht.⁶⁶ Sobre la base de cartas, apuntes de diarios y notas, la investigación recoge las huellas del largo encuentro entre los dos intelectuales, pero también del círculo que los cobijaba, en especial amigos más antiguos de Benjamin como Gershom Scholem, Theodor Adorno, Gretel Kaplus (futura mujer de Adorno), Ernst Bloch y Siegfried Kracauer. La amistad entre ambos se basó en la creciente proximidad en cuestiones de arte y política, que se evidenció en el compromiso con el que Benjamin

⁶⁴ Gilbert Badia, “Karl Marx, Friedrich Engels: dos hombre, una obra“ en Sophie Jankélévitch y Bertrand Ogilvie (dir.), *La amistad. En su armonía, en sus disonancias*, Barcelona, colección Idea Universitaria-Filosofía, Idea Book, 2000, p. 156.

⁶⁵ Gilbert Badia, “Karl Marx, Friedrich Engels: dos hombre, una obra “..., op. cit., p. 171.

⁶⁶ Erdmut Wizisla, *Benjamin y Brecht. Historia de una amistad*, Buenos Aires, Paidós, 2007, pp. 379.

acompañó como crítico, el trabajo de Brecht.⁶⁷ El libro explora las tensiones con los viejos amigos, con sus intentos de persuasión constante sobre Benjamin, y la evaluación siempre negativa de la influencia de Brecht⁶⁸ pero también la profunda relación que marcó la producción de ambos durante los 30s.

Más cercanas en el tiempo y en el espacio, el mundo de los afectos y de los vínculos personales entre los militantes argentinos durante las décadas de 1960 y 1970 es una faceta muy poco explorada por la historiografía argentina. Vera Carnovale estudia en particular la dimensión de las redes de amistad dentro del PRT-ERP. Para la autora se trata de una dimensión donde las fronteras entre compromiso político, ideología, moral y afectividad eran volátiles, complejas y de difícil delimitación. Sin embargo, lo que Carnovale despliega en su artículo es que tales vínculos, informales y formalizados, disponían articulaciones y tensiones que se traducían en prácticas y decisiones individuales y colectivas que afectaban tanto el hacer militante como el resto de la vida social de los sujetos. De hecho, espacios políticos, acciones públicas, prácticas privadas eran parte de una dimensión militante que cortaba transversalmente la vida de los sujetos y de los grupos.⁶⁹

Luego de este apretado recorrido podemos pensar que ¿la *amistad* nos permite comprender mejor las formas de sociabilidad en la organización social de los sujetos”? ¿Tal categoría nos proporciona un andamiaje para entender las características de proximidad y empatía que se dan en la trama social? ¿Dispositivos tales como los conceptos de espacio público, redes sociales, hacen viable la comprensión de la amistad como condición y materia estructurante de las relaciones sociales? ¿La amistad subyace como elemento en las tramas institucionales, asociativas, familiares? ¿La amistad es capaz de tensionar, de poner en foco la cuestión del espacio público?

Ya octogenario, Jean Pierre Vernant, en una entrevista que le realiza Sophie Jankélévitch, dice que la amistad es ante todo la experiencia de la comunidad puesta bajo el signo de la

⁶⁷ Erdmut Wizisla, *Benjamin y Brecht. Historia de una amistad...*, op. cit., p. 73.

⁶⁸ “Los amigos a quienes preocupaba que Benjamin tratara con Brecht no ocultaban sus reservas políticas y personales. Consideraban que debían protegerlo de la peligrosa influencia y suponían que dependía afectivamente de Brecht [...] Cuando llegaban a sus oídos, Benjamin en general respondía a estos reproches con la claridad de una profesión de fe, era perfectamente consciente de la importancia que tenía el encuentro con Brecht para su vida y su escritura”. Erdmut Wizisla, *Benjamin y Brecht. Historia de una amistad...*, op. cit., p. 28-29.

⁶⁹ Vera Carnovale, “Lazos de sangre. Afectividad y totalidad en el Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”, en *Revista Páginas*, N° 6, 2012, pp. 81-99.

igualdad. Desde esta perspectiva, tan griega, la relación intersubjetiva es también la condición necesaria para construcción de uno mismo. La identidad se elabora con la diferencia, del mismo modo que la urdimbre y la trama se entrecruzan para formar un tejido. La amistad puede, así, pensarse conforme al modelo de un tejido, que une a cada uno consigo mismo del mismo modo que lo une a los demás.⁷⁰ Estas afirmaciones no estaban exclusivamente ancladas en su amplio conocimiento del mundo griego, sino que también son el balance de su participación como dirigente de la resistencia en el sur de Francia:

“otra cosa que tiene de especial la amistad es que nos cambia. Volviendo a la Resistencia: fue una experiencia que cambió a quienes la vivieron. Antes de la guerra yo tenía mis grupos de amigos, que pensaban igual que yo. Durante la guerra me encontré junto a personas que eran militantes católicos, o incluso que habían sido miembros de la Acción Francesa. Pero el hecho de haber corrido juntos riesgos grandísimos, con pasión, me llevó a no verles ya de la misma forma, y desde entonces no soy exactamente el mismo... Esto mismo es lo que ocurre en la amistad: hay que ponerse de acuerdo con alguien que es distinto de ti para poder construir algo común a los dos”.⁷¹

Vernant señala alguno de los tópicos básicos que el concepto despliega. Primero su condición profundamente histórica. La amistad funciona en contexto por lo que desencarnarla de su “clima” de época es condenarla a una posición inanimada. Sin embargo, su historicidad no es ausencia de especulación, todo lo contrario. Como otras categorías inherentes al mundo de lo social, la amistad es puesta a prueba cuando se la aplica a análisis que tienen como meta las relaciones sociales.

Segundo, el amigo es un ser situado temporal, espacial, política y socialmente. Por lo tanto, si siempre puede haber una dimensión privada, uno a uno; existe otra que se multiplica de forma aleatoria en redes de amistad que tienen carácter tridimensional, y pueden encontrarse sometidas a una dinámica relaciones regida por la transversalidad de los lazos y susceptible de movilizarse en función de una finalidad precisa. Esto hace que también pensemos en que la amistad se desarrolla territorialmente y que se manifiesta a partir de la subjetividad de los actores, y transitivamente en el conjunto de las relaciones sociales.

Tercero, que la amistad cambia en el tiempo, se quiebra, y se reformula. La conciencia de

⁷⁰ Jean Pierre Vernant, “Tejer la amistad. Conversaciones con Jean-Pierre Vernant” en Sophie Jankélévitch y Bertrand Ogilvie (dir.), *La amistad. En su armonía, en sus disonancias*, Barcelona, colección Idea Universitaria-Filosofía, Idea Book, 2000, p. 201.

⁷¹ Jean Pierre Vernant, “Tejer la amistad. Conversaciones con Jean-Pierre Vernant” ..., op. cit., p. 210.

esta transformación puede resumirse en una breve frase de Blanchot: “creo que sabemos cuándo la amistad acaba (incluso si aún perdura), por un desacuerdo que un fenomenólogo llamaría existencial, un drama, un acto desafortunado. Pero ¿sabemos cuándo comienza? No hay flechazo de la amistad, sino más bien un hacerse paso a paso, una lenta labor del tiempo. Éramos amigos y no lo sabíamos”.⁷² Por lo que lazos previos y tempranos de empatía pueden superarse, reactivarse y combinarse con identidades tardías ancladas en la amistad.

Una cuarta cuestión a tomar en consideración es la del espacio real o virtual de intercambio amistoso: el lugar donde la relación se estimula y construye. No es menor este dato, ya que ese espacio otorga densidad a los lazos. El compromiso amistoso no se manifiesta de idéntica manera en facebook, en un club social y deportivo, que en una comunidad de base; el sustrato y la intencionalidad política corren así por carriles identitarios separados: el lugar y los objetivos de reunión diferencian las manifestaciones y los alcances del vínculo. Otro elemento para considerar es la utilidad de la amistad en la economía de lo social. Dos aspectos para tener en cuenta son la reciprocidad y el intercambio. Aquí hay que volver a una referencia filosófica, Derrida con su *Políticas de la Amistad*⁷³ y Blanchot con *Pour l'amitié*⁷⁴ vuelven a especular sobre el concepto y sus alcances contemporáneos en clave nietzschiana lo que supone un radical cuestionamiento a la idea de reciprocidad.⁷⁵ En los caracteres de la amistad para este modelo de pensamiento, la distancia, la irreciprocidad y la asimetría están signando otro modo de “lazo social”; entre los amigos no existen deudas, ni deberes, la amistad debe ser pensada como don sin intercambio.⁷⁶ Ahora bien, ¿es posible pensar a la amistad en el análisis histórico sin el escenario del intercambio y la reciprocidad? Tanto nos inclinemos por la afirmación o la negación de tales elementos, ¿no es importante pensar en la alternativa que se excluye, cualquiera fuera, para comprender mejor el funcionamiento social en especial de la modernidad en adelante?

⁷² Maurice Blanchot, *Pour l'amitié*, Fárrago, Tours, 2000, traducción de Cristina Rodríguez Marciel, tomado de http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/blanchot_amistad.htm, p. 1.

⁷³ Jacques Derrida, *Políticas de la amistad*, Trotta, Madrid, 1994.

⁷⁴ Maurice Blanchot, *Pour l'amitié*, ... http://www.jacquesderrida.com.ar/restos/blanchot_amistad.htm

⁷⁵ “La relación del hombre con el hombre no puede ser considerada en términos de lo Mismo: el Otro se introduce en ese supuesto terreno de mismidad, haciendo evidente la disimetría de toda relación” Mónica Cragnolini, “Temblores del pensar: Nietzsche, Blanchot, Derrida”, en *Pensamiento de los Confines*, N° 12, Buenos Aires, junio de 2002, pp. 111-119, http://www.rayandolosconfines.com.ar/pc12_cragnoli.html.

⁷⁶ Mónica Cragnolini, “Temblores del pensar: Nietzsche, Blanchot, Derrida”, en *Pensamiento de los Confines*, N° 12, Buenos Aires, 2003, pp.111-119, tomado de edición digital Derrida en Castellano, <http://www.jacquesderrida.com.ar/comentarios/temblores.htm>, pp.11-14.

Lo que nos deja este apretado recorrido es que para avanzar con estos modos de análisis, interdisciplinarios y capaces de recuperar tradiciones clásicas y pensamientos contemporáneos, es necesario salir de la visión esencialista de la *amistad* y pensar en ella como un fenómeno propiamente social, operando como una relación estructurante, susceptible de una serie de variaciones, aún para tiempos históricos en donde se coloca a la amistad en el lugar de lo privado e individual. Más evidente o al trasluz, la figura o el concepto emergen con fuerza interpretativa para dar cuenta de relaciones sociales “a ras del piso”, es decir miradas en una posición de horizontalidad metodológica, otorgándole a la amistad la posibilidad cierta de interpretar acciones y discursos desde otras perspectivas en el campo de la historia social. Así, cualquier investigación que la tenga como eje conceptual deberá desentrañar en las fuentes el ideal de época del lazo amistoso, y a partir de allí, trazar el marco de relaciones y situaciones que le otorgan sentido.

Finalmente, el texto no ha pretendido ser un estado de la cuestión, simplemente es una hoja de ruta; mi propia hoja de ruta para pensar cómo encarar la cuestión de la amistad en tanto categoría central del análisis relacional. De hecho, el recorrido trazado opera como un ensayo crítico de autores y obras, al que sumo alguna de las reflexiones que han surgido a lo largo de mis investigaciones, pero también de mi vida cotidiana. Diría que el impulso central se encuentra en las derivas de esta última, de sus dichas y desdichas, que me llevan a reflexionar constantemente sobre la amistad y sus alcances para comprender el pasado y el presente de los sujetos.